



ADOLFO CASTAÑÓN

SEMEJANZAS DE GABRIELA
EN VOCES DE MISTRAL

Cuando el 10 de diciembre de 1945 Gabriela Mistral recibió, en Estocolmo en el Palacio de los Conciertos, el Premio Nobel de Literatura de las manos descarnadas del rey Gustavo V de Suecia, en los ojos de la poeta chilena brillaba la emoción contenida y pasaban por su mente a galope tendido y en desorden voces e imágenes de su vida. Como se lo había dicho al escritor argentino Manuel Mujica Lainez, quien la acompañó a esa ceremonia y dejó un testimonio escrito del episodio, sabía que «lo que Suecia deseaba es que la alta recompensa recayera en América del Sur. Otros hubo que pudieran recibirla con tantos o más méritos que yo: Alfonso Reyes, Larreta, Rómulo Gallegos, Juana de Ibarbourou...» (Mujica Lainez [1986]: 120-125). Esa presea le venía literalmente del cielo: a los 56 años, después de una vida plena pero solitaria y errante, afanosa y en lucha tenaz por mantener su errancia y altiva independencia. Ese 10 de diciembre traía los rasgos de la cara algo hundidos, y la mirada verde de sus ojos clarísimos se había hecho un poco más vaga, como si se asomara lejos y adentro de sí misma. Era Gabriela Mistral el primer escritor sudamericano que recibía el Nobel de Literatura, la cuarta mujer después de Selma Lagerlöf, Grazia Deledda y Pearl S. Buck. Al igual que Selma, Gabriela había empezado su

carrera como maestra de escuela primaria y, al igual que ella, había conocido y enseñado en su país desde la infancia. Por eso no rechazó la invitación para ir a Gotenburgo a saludar la casa natal de la narradora sueca. Gabriela Mistral había recibido el premio con cierto temor por las consecuencias que este pudiera acarrear en su vida. Pero también había bajado la escalera con lentitud y dignidad, consciente de su metro ochenta, atenta a esa talla casi descomunal que en su adolescencia le había ayudado a imponerse cuando le tocó dar sus primeras clases. No había sido fácil. Ni siquiera le fue fácil nacer: su padre, Jerónimo Godoy, tuvo que llevar a su madre sentada a la inglesa en una mula hasta Vicuña, la ciudad más próxima, para que ahí la alumbrara.

Nació Lucila Godoy Alcayaga, la que luego se haría llamar Gabriela Mistral, el 7 de abril de 1889, el mismo año en que vendrían al mundo Henry Miller, Charlie Chaplin, Anna Akhmatova y Alfonso Reyes, el mismo año en que empezó a levantarse la Torre Eiffel y el mismo en que nació en Austria el siniestro precursor del genocidio generalizado cuyas iniciales son A. H.

Lucila llegó al mundo atravesada en el vientre de su madre, tan mal acomodada que la partera tuvo no pocos trabajos para extraerla viva de aquella nativa cavidad. Su padre, temeroso de que muriera apenas nacida, la bautizó de inmediato. Estaban esperando mellizos pero les nació aquella robusta criatura a la que él le compuso de inmediato una canción en que se lamentaba de su suerte y pedía para ella un destino venturoso. «Fue casi lo único que le dio», dice Alone. Era la hija de una ex viuda de 44 años, llamada Petronila Alcayaga y de Jerónimo Godoy Villanueva, un maestro de escuela lleno de proyectos, alegre, «aficionado a los famosos vinos regionales tanto como a las fiestas con amigos» —según lo evoca el mismo crítico en sus «Recuerdos de infancia y juventud de Gabriela Mistral» (Alone [1957]: 79)—,

hombre sabedor de músicas, canciones y latines, hombre inquieto como tantos otros de la región y de la época y que terminaría dejando la casa cuando la niña ni siquiera tendría cuatro años. Lucila pasó toda su infancia en la pequeña y casi de juguete ciudad de Montegrande, en el semibíblico y semitropical valle de Elqui. En su reino solitario la niña fue feliz persiguiendo aves, acechando reptiles, coleccionando semillas y guijarros, mirando piedras de colores a través del sol.

I

La tristeza vendría después, cuando su madre decide enviarla a proseguir sus estudios a Vicuña, atendiendo como lazarrillo a una señora ciega, doña Adelaida Olivares, a quien la tímida Lucila debía guiar y ayudar en sus tareas de directora de una pequeña escuela. A la pequeña le tocaba distribuir entre las alumnas «esos cuadernillos con membretes de las escuelas fiscales», pero las muchachas impacientes tomaban mayor cantidad de la debida. Un día la joven repartidora se encontró con que tenía un faltante; se le pidieron explicaciones pero con su enfermiza timidez no supo darlas y «entonces la directora reunió a todo el colegio y solemnemente, delante de todos, la llamó ladrona y la expulsó». Lucila se desmayó de la impresión. Cuando acertó a salir de ahí, ya estaba oscuro, y un grupo de niñas armadas con piedras la aguardaba para perseguirla y lapidarla. No olvidaría nunca esa noche en que llegó a su casa aterrada sangrando. De esos años puede ser la fotografía en que aparece de pie una niña espigada y ojerosa, tímida y con los ojos medio velados por la tristeza. Entonces a su madre se le ocurre mandarla con su medio hermana —quince años mayor que ella—, Emelina Molina Alcajaga. Esta joven sería la encargada de enseñarle las primeras letras. Su medio hermana fue su primera

maestra, su hermana mayor y por así decir la madre de sus ideas y la nodriza de sus letras. Con ella aprendió a leer y a escribir, a cantar y a contar, aprendió a bailar y a hacer bailar, a jugar diversos juegos de mesa o al aire libre, a improvisar y repetir canciones de cuna, a llevar una casa. Emelina no solo le enseñaría; le enseñó a enseñar, ya que, gracias a ella, empezó a dar clases a los catorce años a niños de su edad y aun a muchachos mayores que no solo la respetaban por su tamaño de titán araucano —en carta a Alfonso Reyes habla de su cuerpo de «caupolicana» parecido al de Manuela Mota de Reyes, dice: «el cuerpo de Manuela Reyes es el alma mía» (Vargas Saavedra [1991]: 55)— sino por su dulzura y su fuerza de carácter. Más tarde, el poeta nicaragüense Pablo Antonio Cuadra se referiría así a la semejanza aborigen de Gabriela:

Hay que saltar desde Teresa de Jesús a nuestra época para encontrar otra poesía tan entrañablemente femenina —no suave, ni gravitada por el sexo— sino infinitamente más honda, serena o desesperada pero siempre dueña (o doña) de su lengua; una lengua tan nueva como añosa, y una dulzura terrible, esa dulzura materna de milenios que hermana el vientre y el mar. A Gabriela le decían: «La india». Y es la expresión más americana de la mujer: la mujer aborigen.

La abuela paterna, la «abuela loca», una severa puritana de origen argentino y de raíz hebrea será otra presencia decisiva en su formación. La «lócura» de esa anciana consistía en que ella era la única señora que en el pueblo de La Serena tenía una Biblia, y se dedicaba a leerla a todas horas, en silencio y en voz alta, a solas o acompañada. La abuela sentaba a la niña en una silla, le deshacía los rizos y los moños del vestido y se ponía a leerle los Salmos. De ahí que Lucila pudiese decir más tarde que su primer amor, su primer amante invisible fue el rey David. Empieza entonces a es-

cribir primero para sí misma y muy pronto en los periódicos. Los primeros textos que de ella se guardan se remontan a 1902, cuando despunta doce o trece años. Se trata de un par de poemas: «A Lola» y «Los suspiros», versos de lectura algo floja pero no exentos de vehemencia y ánimo sublime. Pronto en 1905, cuando cuenta entre quince y dieciséis años empezará a colaborar en las revistas y diarios de la región. Nunca dejaría de frecuentar las páginas de los diarios, y el periodismo sería una cantera que le permitiría conocerse y darse a conocer, compartir ideas y lecturas, escribir y ser leída. En diciembre de 1914, a los veinticuatro años, la Sociedad Chilena de Escritores le concede a la flamante Gabriela Mistral (era la primera vez que usaba el seudónimo) el premio de los Juegos Florales por su obra *Los sonetos de la muerte* (la edición más completa de este enigmático libro es la de Satoko Tamura (Tamura [1998])). Se las arregla —y eso es ya característico— para no asistir oficialmente a la premiación pero presencia el acto escondida entre el público. A partir de entonces, el seudónimo recién acuñado recorrerá el mundo como santo y seña de un lirismo expresivo y adusto y de un pensamiento leal a su raíz de barro. Esa voz inventada evoca tanto el nombre del poeta italiano Gabrielle d'Annunzio como el de un viento mediterráneo, y el apellido del poeta provenzal moderno y Premio Nobel, Frédéric Mistral. Aquellos primitivos «sonetos de la muerte» se remontan a 1912, pero la autora los tocará y retocará durante años antes de incluirlos en *Desolación* (1923).

SONETO DE LA MUERTE

Mis manos campesinas arañaron la peña
 para clavar una cruz donde mi sueño cabe,
 hecho amor a un suicida por cuya mano suave
 sentí rodar la sangre rota que se despeña.

Sangre de mis delirios y de mi voz que sueña
gritando por las noches como el vuelo de un ave
doliente a jaramago o a la remota nave
en donde van los seres que la muerte desdenea.

Mis manos de labriega domeñaron el frío
por Monte Grande arriba, bebiendo vino fuerte,
por Peralillo alegre, cogiendo luna amarga.

Pero mi voz de mujer lloró en el desafío
bestial e impenitente que le lanzó la muerte
sobre la carne herida como una eterna carga.

(*El Mercurio*, Antofagasta, 4.2.1912)

Del nicho helado en que los hombres te pusieron,
te bajaré a la tierra humilde y soleada.
Que he de dormirme en ella los hombres no supieron,
y que hemos de soñar sobre la misma almohada.

Te acostaré en la tierra soleada con una
dulcedumbre de madre para el hijo dormido,
y la tierra ha de hacerse suavidades de cuna
al recibir tu cuerpo de niño dolorido.

Luego iré espolvoreando tierra y polvo de rosas,
y en la azulada y leve polvareda de luna,
los despojos livianos irán quedando presos.

Me alejaré cantando mis venganzas hermosas,
¡porque a ese hondor recóndito la mano de ninguna
bajará a disputarme tu puñado de huesos!

(*Desolación*, 1923, 2.^a ed.)

LA CONDENA

¡Oh fuente de turquesa pálida!
¡Oh rosal de violenta flor!
¡cómo tronchar tu llama cálida
y hundir el labio en tu frescor!

Profunda fuente del amar,
rosal ardiente de los besos,
el muerto manda caminar
hacia su tálamo de huesos.

Llama la voz clara e implacable
en la honda noche y en el día
desde su caja miserable.

¡Oh, fuente, el fresco labio cierra,
que si bebiera, se alzaría
aquel que está caído en tierra!

(*Desolación*, 1923, 2.^a ed.)

Desde su nacimiento hasta su viaje a México en 1922 esos primeros años en Chile, la infancia en Montegrande, en Elqui, en La Serena, la adolescencia angustiada en Vicuña, la juventud curiosa en Concepción y en Punta Arenas y en otros sitios de su país fueron —y ella lo sabe— el espacio donde todo sucedió y sucedería: «Eso de haberse rozado en la infancia con las rocas —le dijo alguna vez a Octavio Paz— es algo muy trascendental». El amor y el desamor, el amor-pasión, el descubrimiento de los buenos y no tan buenos sentimientos, la revelación de la amistad y de la responsabilidad hacia la tierra, la voz de la generosidad, las voces ambiguas de la letra, la vanidad de los escritores, los nombres de las plantas y los de las espinas, los de

las estrellas y los de las piedras, el timbre de las emociones, la música de las entrañas, el tartamudeo y el mutismo de las pasiones, el silencio. Esos primeros años de infancia despreocupada y ávida, de adolescencia atormentada y de juventud curiosa fueron el baño lustral en que se templaría su áspera voz dulce. Nunca dejaría de beber en la copa de barro de esos años de formación. La experiencia mexicana será decisiva para la poeta: México le recuerda Chile y algo más; a su vez los mexicanos también la recordarán. Dice Gabriela:

Hermanito, le escribo cerca del Pacífico, en una sierra del estado de Michoacán. Ando inspeccionando a los misioneros maestros de indígenas. Esto es pleno trópico, tierra de piñas, caña de azúcar, café, etc. Descanso en las huertas y el calor me adormece... (5 de abril de 1923).

Presidí el Congreso de Maestros misioneros (maestros de indios) i me cojió el corazón la obra, todo el corazón. Me resucitó el espíritu apostólico; me mudó el alma vulgar en que me iba encenagando. Caso me ofreció en una fiesta que enseñara en la Universidad. Ni allí ni en enseñanza secundaria; con ninguna dirección de pedagogos. No creo en la gran farsa pedagógica de todas partes, el mercantilismo disfrazado de ciencia i de retórica embustera (31 de diciembre de 1923).

Palma Guillén en el prólogo a *Lecturas para mujeres* (México, Porrúa, 1967), escribe:

La gente en los pueblos o en las ciudades acudía a oírla y la oía con verdadera religiosidad. Ella era muy intuitiva y se daba cuenta inmediatamente de su auditorio, así es que sabía encontrar siempre el tono justo para que cualquier tema se volviera interesante y asequible. Visitaba mercados y talleres; hablaba con los maestros, con los obreros y sobre todo con las mujeres. Todo el mundo la quería. Cuando murió, de muchos de esos pueblos,

recibí yo cartas de pésame de personas que, 35 años antes, la habían conocido y que me escribieron a mí porque no sabían si ella tenía aún familia.

De aquellos paisajes chilenos y mexicanos, le vienen las flechas que todavía muchos años después le atraviesan el cuerpo y le prestan a su continente ese aire a la vez digno y triste, tímido y altivo con que asoma su rostro en las fotografías tomadas aquel 10 de diciembre de 1945, cuando la sorprendieron dándole el Premio Nobel de Literatura, —«eso de Estocolmo», diría años después a la presea— asombrando de paso a los poetas y escritores de Chile que solo le concederían el Premio Nacional de Literatura varios años después, en 1951.

Por su brevedad e interés documental, transcribo a continuación el discurso de Gabriel Mistral al Premio Nobel de Literatura.

VOZ DE LOS POETAS DE MI RAZA

Gabriela Mistral

Hoy Suecia se vuelve hacia la lejana América íbera para honrarla en uno de los muchos trabajos de su cultura. El espíritu universalista de Alfredo Nobel estaría contento de incluir en el radio de su obra protectora de la vida cultural al hemisferio sur del continente americano tan poco y tan mal conocido.

Hija de la democracia chilena, me conmueve tener delante de mí a uno de los representantes de la tradición democrática de Suecia, cuya originalidad consiste en rejuvenecerse constantemente por las creaciones sociales más valerosas. La operación admirable de expurgar una tradición de materiales muertos, conservándole íntegro el núcleo de las viejas virtudes, la aceptación del presente y la anticipación del futuro que se llama Suecia, son una honra europea y significan para el continente americano un ejemplo magistral.

Hija de un pueblo nuevo, saludo a Suecia en sus pioneros espirituales por quienes fue ayudada más de una vez. Hago memoria de sus hombres de ciencia, enriquecedores del cuerpo y del alma nacionales. Recuerdo la legión de profesores y maestros que muestran al extranjero sus escuelas sencillamente ejemplares y miro con leal amor hacia los otros miembros del pueblo sueco: campesinos, artesanos y obreros.

Por una venturanza que me sobrepasa, soy en este momento la voz directa de los poetas de mi raza y la indirecta de las muy nobles lenguas española y portuguesa. Ambas se alegran de haber sido invitadas al convivio de la vida nórdica, toda ella asistida por su folclore y su poesía milenarias.

Dios guarde intacta a la nación ejemplar su herencia y sus creaciones, su hazaña de conservar los imponderables del pasado y de cruzar el presente con la confianza de las razas marítimas, vencedoras de todo.

Mi Patria, representada aquí por nuestro culto ministro Fajardo, respeta y ama a Suecia y yo he sido invitada aquí con el fin de agradecer la gracia especial que le ha sido dispensada. Chile guardará la generosidad vuestra entre sus memorias más puras.

Este breve discurso, pronunciado en 1945, podría completarse con otras palabras: «Me gustaría que nuestra juventud pensara y repitiera —dijo Gabriela Mistral— la inscripción grabada en el dintel de la puerta de la Universidad sueca de Upsala: *Los pensamientos libres son buenos, pero los justos son mejores*».

II

Desolación (1922, 1923, 1926) fue su primer libro y el que marcó el rumbo de su vocación. Siguiéron *Ternura* (1924, 1945), *Tala* (1938), *Lagar* (1954) y su canto póstumo *Poema de Chile* (edición de Jaime Quezada de Mistral [1996a]).

Cuando le dieron el Premio Nobel, en rigor solo había publicado dos libros —pues el segundo es un desprendimiento del primero—, como ha señalado el estudioso chileno Jaime Quezada (Mistral [1993]). Alfonso Reyes consigna en su inédito *Diario* (25 de enero de 1952) que «Gabriela Mistral ha dicho que ella practicó el budismo 20 años». Ciertamente, hay en la figura de Gabriela Mistral un aura mística, y ella aparece como una figura ambigua, secreta, pagana, inclemente, tierna y abrupta, perseguida en vida y aún póstumamente por su presunto lesbianismo (Fiol-Matta [2003]). Pero también se le representa como una madre de la patria, cuya silueta ostentan los billetes de 5.000 pesos expedidos por el Banco Central de Chile. Gabriela Mistral se dio a conocer con la publicación de un libro incandescente: *Desolación* —publicado por primera vez en Nueva York, gracias a la iniciativa de un grupo de amigos y admiradores encabezados por el español Federico de Onís—. En sus páginas el modernismo se liquida en arrebatado tartamudeo que ya anuncia la vanguardia. Historia secreta de una viudez acaso imaginaria pero vivida con intensidad inigualable. *Desolación* es un libro más que escrito, inscrito, esculpido en carne y hueso por la voz de una mujer fuerte, una varona hembruna que, como ave de presa, parecía alimentarse de carne cruda —la observación es de Rosario Castellanos (Rosario Castellanos, *Sobre Gabriela Mistral*, ensayo inédito, escrito hacia 1945, diario *Milenio*, 25 de mayo de 2005, p. 44)— sin por ello renunciar a la delicadeza, al tacto, con que su oído interior escucha las batallas de su propio cuerpo. Gabriela Mistral, dice Alfonso Reyes en su *Diario* en 1927: «Parece una gran montaña por cuyas faldas ruedan ventisqueros y aludes, y sigue quieta, entre los truenos debajo».

Hay en las planas de ese primer libro decisivo una espontánea fusión sensitiva, inteligente pero subrepticia de modos de hablar regionales y provincianos, ecos de la poesía simbolista de Francia y de Bélgica, huellas de los libros

bíblicos del Antiguo Testamento, ecos evangélicos y relentes de Rabindranath Tagore. Y todo eso para dar aliento y alimento coloquial y casual a la clave amorosa de la ausencia y del suicidio del amado. El tema mitológico de *La amante invisible* (Elémire Zolla, *La amante invisible. La erótica chamánica en las religiones, en la literatura y en la legitimación política*, traducción de Bárbara Piano, Caracas, Venezuela, Mandirla, 1988) cuya ubicuidad han señalado la etnología y la antropología contemporáneas cobra en las hondonadas en verso de Gabriela Mistral una realidad inquietante y perturbadora cuando se piensa en la instintiva disponibilidad con que esta especie de monja o de novicia laica de la poesía se abre a la experiencia incisiva y contundente de lo sagrado que la devora. Pero al mismo tiempo y en paralelo, Gabriela Mistral es una recadera, una autora de artículos y cartas, de mensajes e impresiones que va publicando en los periódicos como quien va afilando en público su espada antes de entregarse a los combates más secretos y entrañados del poema. Esta segunda Gabriela Mistral sabe que la tierra tiene actitud de mujer y que, junto a la severa llamada del decir poético, estremece el aire otra convocatoria: la de la guía espiritual, la de la maestra, la de la mujer que sabe —como lo dijo en su brevísimo discurso al recibir el Premio Nobel— que toda su dignidad le viene de la raza y de la palabra. Si la persona llamada Lucila Godoy tenía —como ella misma lo decía— dos ángeles de la guarda, uno era el del poema y otro el de la prosa y la lección, del discurso y de la doctrina crítica y humanitaria; y si Chile —según Eugenio d'Ors— vive bajo el patronazgo de un ángel de la guarda, a su vez Gabriela Mistral flota sobre la cultura de su país como una presencia «gnómica» que funde en sí los rasgos del poeta y del maestro, los del trovador y los del legislador. Pero de tal fusión —advierte D'Ors— puede resultar una suerte de riesgo y de confusión profética. Esa ebriedad profética que se le puede encontrar a la prosista

y doctrinaria Gabriela Mistral está por fortuna templada por la aridez de la *desolación* inaugural que da a su fibra una condición mineral (D'Ors [1947]: 975-976). De este doble registro Gabriela Mistral era consciente desde muy joven, por lo menos desde que tenía 23 años, cuando en 1912 y firmando como Lucila Godoy, le escribe a Rubén Darío una carta, entre conmovedora e imperativa, que el poeta debe haber leído con una sonrisa agradecida. Darío tenía programado viajar a Chile ese año pero no llegó a hacerlo, y Gabriela se dirige a él así:

YO, DEVOTA DE HOY...

República de Chile
Dirección:
Lucila Godoy,
Los Andes, Liceo de Niñas, Chile

Nuestro grande y nobilísimo poeta:

Soi una que le aguardaba al pie de los Andes para presentarle su devoción i la de sus niñas —discípulas— que charlan de Ud. familiarmente después de decir su «Cuento a Margarita» i su «Niña-rosa». Pero Ud. no vino i yo le mando en estas hojas extensas todo aquella cosa pura i fragante que es el querer de cien niñas a un poeta que les hace cuentos como nadie jamás lo hizo bajo el cielo!

Poeta: yo, que soi mujer i flaca por lo tanto, i que por ser maestra tengo algo de las abuelas —la chochez— he dado en la debilidad de querer hacer cuentos i estrofas para mis pequeñas. Y las hecho (sic); con rubores lo confieso a Ud. Yo sé que Ud. es tan grande como bueno.

Pretendo —¡pretender es!— que Ud. me lea lo que le remito, a saber, un cuento, original, mui mio, i unos versos, propios en absoluto.

Pretendo —¡pretender es!— que si Ud. sonrío con dulzura fraternal leyéndolos i halla por ahí núcleos de semillas que dicen algo, una promesilla para el futuro, en «Elegancias» o en «Mundial», Ud. me las publique.

Yo, Rubén, soi una desconocida; yo no publico sino desde hace dos meses en nuestros «Sucesos»; yo, maestra, nunca pensé antes en hacer estas cosas que Ud., el mago de la Niña-Rosa, me ha tentado i empujado a que haga. ¡Es Ud. culpable de tantas cosas en el campo juvenil! ¡Si supiera, si supiera!

Rubén; si Ud. no encuentra en mi cuento i en mis estrofitas sino cosa hueca, hilachas volantes de cosa inútil i vulgar, escríbame solo esto en una hoja de papel: malo, malo. Y fírmela. ¡Yo, devota de hoy seguiré siéndolo tanto o más!

Una explicación: Uds. —Ud. y el Sr. Guido— dejaron en Chile como encargado de visar las colaboraciones al Sr. Malvenda. Perfectamente, pero yo no he podido vencer mi ingenuo (sic), i tanto santo deseo: escribir a Rubén i, directamente, recibir su rechazo.

Con emoción me despido de Ud. i le deseo primavera eterna en su campo de triunfos, en su corazón nobilísimo y en su vida, gloria de nuestra América latina.

Humildemente,

Lucila Godoy
Prof. de castellano del Liceo
de Niñas. Los Andes, 1912.

Bórquez-Solar —¿Ud. lo conoce?— me ha ofrecido prólogo para mis «cuentecillos» («Carta de Gabriela Mistral a Rubén Darío» reproducida por Faustino Sáenz en «Dossier de Gabriela Mistral» —Sáenz [2005]—). Previamente esta carta se había reproducido facsimilarmente y comentado por Luis Sáenz de Medrano —Sáenz de Medrano [1995]—).

Sobra decir que aquellos textos efectivamente serían publicados en la revista de Darío. Ambos ángeles, el de la poe-

sía y el de la política —hay que tenerlo claro— se cuidaban entre sí y la protegían a ella. La protegían desde que llegó a México, en 1923 invitada por José Vasconcelos («... Gabriela es mucho más inteligente de lo que cree el mismo José Vasconcelos», dice Alfonso Reyes en su *Diario*, en 1927) y aún antes, en 1920, cuando la descubrió Enrique González Martínez, quien por entonces representaba a México en Chile. A su vez, la joven poeta se expresará con entusiasmo sobre el escritor jalisciense en carta a Genaro Estrada y fuera de todo protocolo:

Estamos muy contentos con el poeta que nos ha mandado su gobierno y que matará la leyenda única que circula en América Austral sobre México: Pancho Villa y la revolución permanente.

«La influencia de Gabriela —dijo el crítico franco-argentino Max Daireaux en su *Panorama de la littérature hispano-américaine* (Daireaux [1930])— es profunda; no es hablando con propiedad una influencia literaria, no se ejerce sobre los escritores sino sobre los hombres, es una influencia moral que actúa misteriosamente sobre las inteligencias y corazonas y parece, a primera vista, inexplicable. La juventud inquieta o sencillamente pensante va hacia ella como hacia la Meca espiritual de América Latina [...] ella es socialista y es cristiana [...]. Su socialismo es más una manera de sentir que una manera de pensar [...]. Es cristiana, pero no según la Iglesia sino según Cristo; su misticismo es, por así decirlo, una poesía del dolor [...]. Esta mujer es un Sócrates cristiano que todavía no ha encontrado su Platón [...] y ella representa la mayor fuerza espiritual de América Latina» (pp. 169-174).

Lucila Godoy sabe que Gabriela Mistral es el nombre de dos personas por lo menos: la poeta y la maestra, la trovadora y la guía intelectual de una raza, entendida esta voz emblemática, en un sentido simbólico. La unión, la amistad de

las dos Gabrielas dejarían en México una honda huella, pero a su vez México dejaría impresa su marca en ambas. ¿Cuántos amigos y admiradores y lectores y seguidores no tiene Gabriela Mistral en México? Los ya mencionados José Vasconcelos y González Martínez pero sobre todo Alfonso Reyes, con quien la unirá una profunda amistad que se transparenta en la hermosa y jugosa correspondencia que intercambia (Vargas Saavedra [1991]) a lo largo de muchos años tanto como en los apuntes que él escribe sobre ella tanto en sus obras como en su *Diario* inédito. Hay que decir en favor de Gabriela que su mejor espada fue su veracidad. Gabriela Mistral es una de las pocas personas cercanas a José Vasconcelos que con amistad varonil le dice la verdad sobre su bipolaridad política y literaria (Vargas Saavedra [1991]: 51-52):

Pensado y vuelto a pensar, Vasconcelos:

Yo no puedo callar más ni puedo tampoco mortigerar en una pavesa menos, este descargo de sinceridad. Ud. me conoce y Ud. sabe que por ímpetu de decoro doy en palabras como quien da en saetazos, la verdad que otros pretenden poner pintarrajeada en un ataúd.

Yo no podría ser fiel a México, fiel a Ud. y tampoco fiel a mí misma, si sumiese este borbollón de franqueza. De absoluta franqueza.

Y voy al grano; que ya he puesto demasiada fronda.

Convéznase, amigo mío, que no es usted pasta de general o almirante, ni siquiera de cabo ni grumete. Lo suyo es gobernar ideas. Dios le ha dado sesos para que conduzca con lucidez al mocerío, a los vejestorios, a toda criatura que sepa leer y oír.

Ya se lo he dicho y lo he escrito: Ud., como maestro queda a la par con Sarmiento; Ud. cuajó, en sus años de ministerio, *siglos de cultura*. Siglos, amigo. Porque Europa se ha tomado Medievos y Renacimientos para darle tuétano a su cultura.

Lo que Ud. propulsó para beneficio de la indiada, no lo lograron ni las huestes ni las misiones del imperio español; no pudieron tamañamente ni la espada ni el catecismo. En Ud. se restituye la pérdida de Las Casas y en Ud. no debiera cesar esa caridad de la cultura.

Desengáñese en cuanto a su capacidad de discernimiento. Es muy otra la faena de escoger entre informes que se codean sobre el escritorio y escoger entre ambiciosos que compiten por adularlo. Y Ud., como hombre, es indefenso al adulo. Se le rinde como la cobra al hábil flautista que... acaba por meterla en su canasta.

Acuérdese de las experiencias con T. G. y con P. S. (prefiero ni ensuciar la tinta con sus nombres completos).

Tengo la honra de no haberlo adulado jamás. Debiéndole, como le debo, los años de sosiego en México, mi gratitud no me venda los ojos para contemplarle en toda su reciedumbre de intelectual y en toda su fragilidad de pseudo líder. En lo primero es un bronce insigne, en lo segundo, un embeleco. Y Ud. se menoscaba al consentirse el embeleco.

Mas debo decirle.

Dése cuenta de que un pretendiente a héroe, un candidato a prócer, no puede ostentar el más leve desliz en su vida personal, si es que quiere merecer nuestro *respeto*. Ud. ha hecho de su vida íntima un espectáculo banal.

Ud. viajó pavoneándose como un... lord Byron mexicano, pero sin tener la genuina vocación para los derroches sentimentales. No en vano se hace noble...

He escuchado, tanto del lado de los suyos como del opuesto, una crítica unánime, toda adversa, caldeada de irritación; y la he escuchado con los labios pegados por la falta de razones con las cuales silenciar ese torrente nítrico. ¿Cómo se las arregla Ud. para engruesar el tímpano y deambular sobre los bulevares como si pasara por la gruta de Cacahuamilpa?

Retírese a sus libros, como Quevedo, y no como él: que fuera obligado, a lanza. Refúgiense en la paz fértil, gobierne sus letras,

conduzca su pluma y así alcanzará a poner a salvo lo que aún queda de su prestigio. Se lo agradecerán su madre y sus amigos todos.

Gabriela Mistral

Además, alrededor de Gabriela están Carlos Pellicer (quien coleccionaba sus recados y cartas), el abate González de Mendoza, los hermanos Alfonso y Gabriel Méndez Plancarte, Andrés Henestrosa, Emma Godoy, el doctor Ignacio Chávez, Daniel y Emma Cosío Villegas, y su amiga de toda la vida Palma Guillén, para no hablar de los amigos de la letra y en la letra como era Rosario Castellanos que le escribe un texto admirativo y admirable (aunque poco conocido). La amistad con Palma Guillén es por lo menos significativa de que Gabriela Mistral conocía por adentro el mapa mexicano, hasta el punto de que a finales de 1948 y principios de 1949 le toca recibir una carta de Antonio Castro Leal solicitándole que apoye la candidatura de Enrique González Martínez al Premio Nobel, cuando era sabido de muchos que ella ya se había manifestado a favor de que Alfonso Reyes fuera distinguido con esa presea. De hecho, en la obra en prosa de la poeta constan varios apuntes sobre Alfonso Reyes y en la correspondencia Reyes-Mistral se recoge, entre otros papeles sobre Reyes, un perspicaz ensayo sobre la poliédrica figura del regiomontano que transcribo al final de esta semblanza como anexo. La trascendencia de México en la obra de Gabriela Mistral no se podría medir por el número de poemas que ella le dedica a este país, a sus escritos y asuntos; esa medida en realidad no daría justa cuenta de la íntima y profunda liga recíproca que hace de Gabriela Mistral una voluntaria de México, una hija adoptiva de este país, ciudadana de nuestra república literaria y cultural más allá del espacio y del tiempo. A su vez, las cuerdas de la lírica mexicana no pueden dejar de tomar en cuenta la

calidad poética de Gabriela Mistral. No es casual que Alfonso Reyes y Octavio Paz, entre los escritores mexicanos que la admiraron, hayan dejado cada uno un testimonio de su magnetismo. Dice Reyes (Reyes [1989]: 142-143) en su «Himno a Gabriela»:

Montañosa y profunda como los barrancos y las arrugas graníticas de los Andes; severa y solitaria en sus alturas de nieve, mansa y juguetona en los deshielos que bañan con su caricia las risueñas laderas; y por encima de las miserias naturales, depositaria y emisaria de la salud y el alimento —Ceres transmutada al orden del espíritu—, yo le ofrecería el sacrificio de la *pancarpia*, amasada con todas las pulpas frutales, que el griego silvestre brindaba, en las primeras cosechas y vendimias, a sus divinidades agrarias y benéficas.

Ya he dicho en todos los tonos y en varias ocasiones lo mucho que admiro las letras de Gabriela Mistral: su verso que, sin dejar nunca las excelencias técnicas y aun las agilidades ingeniosas, descubre una nueva dimensión en las honduras de la conciencia; su prosa, brotada de fuentes nativas, que parece continuar a la naturaleza, y que por ese y otros motivos, a un tiempo artística y sencilla, hace pensar en santa Teresa. Hasta el coloquio sale aquí consagrado; y como surge de una íntima necesidad, el modismo americano entra por su propio derecho en el torrente de la lengua, y la enriquece al modo que la enriquecieron los clásicos. La serenidad de Gabriela Mistral está hecha de terremotos interiores, y de aquí que sea más madura. Su bondad rebasa los límites de la filantropía personal —presa que se desborda—, y se vuelve cosa telúrica. Ya no es Gabriela quien nos aquieta, nos consuela o bendice: es un vasto soplo tonificante que anda entre los suelos y los cielos de América, cargado de esencias boscosas, rumores de pájaros y abejas, de talleres y campanarios.

Un día me explicó este misterio. Y en verdad lo es para remontarse hasta las cumbres del alma sin soltar el lastre de las

realidades más inmediatas para, como los robustos eucaliptos, sorber entre la savia del tronco las piedras y los terrones del campo. ¿Qué sufrimiento, qué alegría la encontraron nunca indiferente? ¿Qué latido de nuestra América no ha pasado por su corazón? Su inmensa poesía está tejida con todos los estambres que hilan el trabajo y la virtud de los hombres. Así creían los antiguos que Heracles había construido el ara de Dídima con la sangre, los huesos, la sustancia misma de las víctimas ofrecidas.

Y años después Octavio Paz (Paz [1991]), con mayor concentración pero en el mismo sentido (Premio Nobel 1990), expresaría:

En Gabriela Mistral hay ecos inconfundibles de la Biblia, una voz que hecho de menos en casi toda nuestra poesía moderna. Dije: *voz viril*, agrego ahora voz de varona, voz de Judith o de Esther, profunda y poderosa voz de montaña mujeril. La montaña es terrible porque es tiempo petrificado, inmensa forma quieta en cuyas entrañas duerme y sueña un mundo primordial...: agua y metales, piedra y fuego. Lejana e imponente, la montaña de pronto se vuelve maternal y se convertirá en cocina pacífica. La vemos por la ventana y cada anochecer le contamos nuestras penas y alegrías... Poesía hecha con las palabras de todos los días pero ungidas por el aceite de lo sobrenatural. Realismo transfigurado, vida diaria transformada en rito y oficio divino.

Obsérvese, de paso, la coincidencia que existe entre las percepciones de los dos poetas mexicanos sobre la condición telúrica y de montañesco macizo que suscita en ambos la silueta de la poeta chilena.

A la lección de sobriedad y elegancia desnuda que se desprende de la obra poética de Gabriela Mistral hay que añadir la hondura y fidelidad de su imaginación poética,

tanto en el orden introspectivo como en el geográfico, el folclórico y popular. Se impone el parentesco con la figura y obra de Pablo Neruda, ese joven chileno que le enseña en 1920 sus primeros poemas cuando él tiene apenas 16 años y ella 31. De hecho Mistral y Neruda serán como las dos caras que ostenta la medalla literaria chilena, siempre juntos, siempre contrapuestos. Además de esa afinidad poderosa con la obra de Nefelí Reyes Basoalto a quien ella le sugiere leer a los novelistas rusos, la escritura de Gabriela tiene muchas otras inagotables cualidades propias. Subrayo al paso la compacta fluidez de su expresión en prosa y sobre todo la lentitud milenaria de su andadura en verso, la serenidad majestuosa de su dicción humilde y comprensiva.

Escritura ensimismada y transparente, sencilla y abismal, la de esta poeta explícitamente telúrica y terrenal abarca en el arco de sus cuatro libros esenciales no solo un atlas íntimo y otro exterior, con sus abismos y infructuosidades, sino que concentra en la pulida e impecable factura de sus poemas un mestizaje, una hibridización sintáctica y léxica que presupone un arte poética, a la par arcaica y novísima donde diversas edades y tiempos de la lengua se funden en una suerte de diario cósmico más allá o más acá de las reducciones de la novela sentimental, donde lo cotidiano y lo sagrado se compaginan. Los poemas de Gabriela Mistral hay que leerlos precisamente como poemas, es decir, como objetos inexplicables y preciosos, siguiendo los consejos de Palma Guillén, su amiga mexicana de toda la vida: «Hay que intentar tomar la poesía en sí misma como se toma un pedazo de cuarzo para ver en él las líneas, las sombras y los colores. En ellos pueden estar el amor, el dolor causado por la muerte o por la pérdida de las cosas que eran nuestra dicha» (Guillén [1973]: IX).

Con Walt Whitman, César Vallejo, Pablo Neruda y Gonzalo Rojas, Gabriela Mistral pertenece a ese gran des-

pertar o desperzamiento telúrico que en la narrativa se afilará en las obras de Miguel Ángel Asturias, Rómulo Gallegos, José María Arguedas, Augusto Roa Bastos o Juan Rulfo, y que da constancia viva de la fusión que se cumple en las letras de arcilla, barro y vidrio de las Américas escritas.

